

PRÓLOGO

I

En las repúblicas que surgieron, a la hora de la emancipación criolla, en el área andina, el interés por las expresiones propias de las colectividades “indígenas” marginadas por la conquista y el sistema colonial no fue automático ni inmediato. Como en otras áreas comparables de América, la política de expansión latifundista que implementaron, en el nombre del “progreso”, los regímenes criollos oligárquicos, significó, para el campesinado indígena o mestizo, una discriminación económica, social y cultural aún mayor que en la Colonia. Desde fines del siglo XIX, sin embargo, los crímenes cometidos –en el nombre de la “Patria”, la “Razón” y la “Civilización”– contra los descendientes directos o indirectos de los habitantes prehispánicos del área fueron suscitando crecientes contradicciones que se expresarían en el apoyo de ciertos grupos a las luchas indígenas, campesinas o suburbanas, en el surgimiento de utopías o proyectos políticos que implicaban una participación decisiva de tales sectores, en el desarrollo de una antropología “reivindicativa” y el de unas literaturas y artes “indigenistas”. Con todo, hasta los intelectuales más identificados y comprometidos con los movimientos populares solían ser incapaces, aún en los primeros decenios del siglo XX, de percibir o de reconocer las expresiones textuales propias de las colectividades indígenas o mestizas. Nos bastará, como ejemplo, una de las afirmaciones más citadas del “amauta” Mariátegui: “Una literatura indígena, si debe venir, vendrá a su tiempo. Cuando los propios indios estén en grado de producirla”. [“El proceso de la literatura”, 1928, cap. XVIII]. Ciertamente Mariátegui no ignoraba –aunque las desconocía en profundidad y detalle– las manifestaciones, cantos, ritos, etc. Pero para él y la mayoría de los intelectuales “indigenistas” de aquel entonces, tales manifestaciones no alcanzaban –“todavía”, dirían ellos– el status de lo “literario”, o de lo artístico en general. Miembros de una socie-

dad que atribuía un prestigio especial al discurso transcrito en las hojas de un libro (fetichismo de la escritura), ellos no podían imaginar la “literatura” sino bajo forma de un texto escrito –según los cánones europeos. Con pocas excepciones ellos quedaron, pues, ciegos –o sordos– ante las expresiones multimediales que cumplen, dentro de las colectividades indígenas, una función más o menos análoga a la de la “literatura” en las sociedades alfabetizadas.

Es cierto que algunos “viajeros” y otros aficionados habían transcrito, desde la segunda mitad del siglo pasado, una serie de textos quechuas que ellos percibían generalmente como “restos” o “supervivencias” de una práctica literaria en vías de extinción (Tschudi, Middendorf, Mera, Vienrich, Uhle, d’Harcourt, etc.). En un trabajo pionero, Hildebrando Castro Pozo se aleja de esta perspectiva predominantemente arqueológica para ubicar en los cantos, las danzas y otras **performances** quechuas o hispano-quechuas la expresión de la “emotividad estética” de las comunidades indígenas modernas (*Nuestra comunidad indígena*, 1924). José María Arguedas y Jesús Lara inauguraron, luego, un estudio más sistemático de la “literatura quechua”. Más que Lara, Arguedas captó toda la dinámica social que subyace en la práctica textual de los diferentes grupos quechuas o hispano-quechuas (campesinos, mestizos, **mixtis**). Además, Arguedas sentó las bases para la investigación de la “literatura quechua” en tanto práctica vinculada profundamente a la oralidad. A partir de los enfoques más variados –etnografía, etnohistoria, etnolingüística, etnomusicología, literatura– se han venido realizando, en los últimos años, ulteriores progresos en la percepción y la indagación de las prácticas textuales quechuas más diversas, escritas y orales, antiguas y modernas. ¿Cuál es el motor de estas investigaciones? ¿Su urgencia o “impostergabilidad”, a raíz del triunfo inminente de la “modernidad” sobre los sectores “arcaicos” y sus prácticas culturales? ¿O, al contrario, la intuición cada vez más difundida del fracaso de la “modernización” neoliberal, y la convicción concomitante de que los sectores supuestamente “arcaicos” no han dicho, todavía, la última palabra? Quizás la lectura de los trabajos incluidos aquí permitirá un comienzo de respuesta a estas preguntas.

II

Desde sus comienzos, la *Revista de crítica literaria latinoamericana* se mostró interesada en generar un debate amplio sobre todas las formas textuales, canónicas o no, que surgieron y van surgiendo en el marco de los diferentes procesos histórico-sociales y culturales del subcontinente. La presencia –directa o indirecta– del “mundo indígena” y sus expresiones han sido una constante de esta publicación. El presente número monográfico sobre algunas prácti-

cas textuales quechuas se inscribe, pues, con vistas a su ampliación y profundización, en una propuesta ya existente.

Con el término de “prácticas textuales quechuas” queremos apuntar a la producción y difusión de “textos” en o desde el mundo –o los mundos– que se expresan en ese idioma amerindio, hablado hoy en día, en una mayoría de los casos al lado del español, por 8-10 millones de personas. “Textos” no siempre –o no exclusivamente– verbales: por un lado, la comunicación oral implica siempre, el empleo de códigos no verbales (gestuales, musicales, coreográficos, etc.); por otro, no pocos de los “textos” que se pueden observar en una colectividad quechua –danza, música instrumental, tejidos...– prescinden del lenguaje verbal.

Desde la conquista, las prácticas textuales quechuas se vienen desarrollando en el marco de una sociedad compleja, dominada globalmente –pero no necesariamente a nivel local– por los sectores hispano-criollos. Una sociedad que a su vez forma parte, también globalmente, del “mundo occidental”. Sus protagonistas pueden ser las colectividades de campesinos quechuahablantes o sus miembros residentes en la ciudad, mayormente en los barrios marginales; las capas “mestizas” (artesanos, obreros y otros trabajadores) de las pequeñas y grandes ciudades andinas; los *mistis* –“señores” o ex señores andinos, notables, empresarios o profesionales– de las localidades mayores o menores de la sierra, etc. Cada uno de estos sectores socio-culturales es dueño de un “mundo” textual propio. En cada época histórica, cada uno de ellos elige, según sus tradiciones y hábitos, los medios expresivos –escritos, orales o multimediales– más adecuados al lugar y al “momento”.

La investigación de las prácticas textuales quechuas no corresponde, actualmente, a ninguna disciplina científica o universitaria oficialmente constituida. En ella participan, a partir de enfoques múltiples, los antropólogos, los etnohistoriadores, los etnomusicólogos, los lingüistas y los historiadores, sociólogos o “poetólogos” de la literatura y la cultura. Sea por la naturaleza de esta publicación (una revista literaria), sea por la formación específica de los autores que se mostraron dispuestos a participar en nuestra empresa colectiva, la mayoría de las contribuciones versan básicamente sobre prácticas verbales o, más bien, sobre los aspectos verbales de unas prácticas multimediales como el canto, el drama, el rito religioso. Muchas de ellas subrayan, sin embargo, la importancia que alcanzan los aspectos no verbales en las prácticas investigadas. Los enfoques presentes abarcan, entre otros, la práctica recopiladora de textos (Valderrama Fernández/Escalante Gutiérrez, Morales Lazo/Oregón Morales) y su evaluación (Baquerizo, Bendezú); la restitución de textos de origen prehispánico (Szemiński, Jürth) o modernos (Bendezú); o el análisis histórico-lingüístico y socio-lingüístico de textos poéticos antiguos (Szemiński) y del discurso de la confesión (Harrison); la poética y la cosmología “literaria” (Husson,

Lienhard, Bendezú, etc.); la dramaturgia (Montoya, Beyersdorff, Rowe); la combinatoria de “textualidades” de origen diverso (Beyersdorff, Rowe); la contextualización socio-cultural e histórica de las prácticas textuales (Millones, Rowe, etc.); la difusión-transformación de los “motivos” literarios (Cáceres Romero); la “oralización” de la escritura (Jákfalvi-Leiva). Varios trabajos plantean, además, el impacto de la “modernidad” en las prácticas textuales tradicionales (Rowe, Baquerizo, Montoya, etc.). El último trabajo reseña, por fin, la historia de las políticas lingüísticas y escriturales a que fue sometido el quechua desde la conquista (Noriega).

Creo poder afirmar que esta publicación demuestra no sólo la posibilidad o la promesa, sino la vigencia de una investigación cada vez más sistemática de las prácticas textuales quechuas. A las colaboradoras y los colaboradores de este número van mis agradecimientos más sinceros. Quiero dejar constancia también de mi gratitud hacia Antonio Cornejo Polar y Cristina Soto por la hospitalidad que nos brindaron en la *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*.

Martín Lienhard